

La crítica de F. Nietzsche a la pseudocultura del hombre contemporáneo

Quintanas Freixas, Anna

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/515>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LÍNEAS IMAGINARIAS

LA CRÍTICA DE F. NIETZSCHE A LA PSEUDOCULTURA DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO*

Anna Quintanas Feixas**

Nuestros pensadores académicos son inofensivos; en efecto, sus pensamientos crecen tan pacíficamente en la tradición como jamás en un árbol las manzanas: no asustan, no desquician, y de todas sus tareas podría decirse lo que Diógenes objetó en cierta ocasión en que se elogiaba a un filósofo: “¿pero qué puede tener de grande cuando en tanto tiempo que lleva profesando la filosofía no ha turbado aún a nadie?” En efecto, éste tendría que ser el epitafio sobre la tumba de la filosofía universitaria: “A nadie turbó.¹

Cien años después de su muerte, la obra de Nietzsche continúa siendo un punto de referencia imprescindible para cualquier tentativa de fijar una mirada reflexiva sobre la realidad de nuestro complejo y cambiante presente. Sin duda uno de los principales legados de este pensador alemán consiste en haber realizado una crítica profunda y contundente a la cultura occidental. En estas páginas queremos mostrar cómo en los cuatro volúmenes de sus *Consideraciones intempestivas* —publicados entre los años 1873 y 1876²— podemos encontrar

* La investigación requerida para realizar este artículo se ha podido llevar a término gracias a la financiación obtenida a través de las “Ayudas de la Universidad de Girona para Proyectos de Investigación (1999)”.

** Profesora del Departamento de Filología y Filosofía, Facultad de Letras, Universidad de Girona.

¹ F. Nietzsche, *Schopenhauer como educador (Tercera consideración intempestiva)*, Valdemar, Madrid, 1999, p. 165.

² Sólo disponemos de traducción castellana de las tres primeras *Consideraciones intempestivas*: *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, Alianza, Madrid, 1988; *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999; *Schopenhauer como educador (Tercera consideración intempestiva)*, Valdemar, Madrid, 1999.

una buena ejemplificación de su especial manera de “filosofar con el martillo”.

Releer hoy a Nietzsche, cuando el pensamiento crítico respecto al orden establecido adolece de un profundo adormecimiento, resulta especialmente útil porque puede servir de antídoto contra la extensa y poderosa imagen idealizada que se nos pretende ofrecer del sistema neoliberal que gobierna nuestro mundo globalizado.

Aunque las *Consideraciones intempestivas* están dedicadas básicamente a la crítica de la sociedad alemana del siglo XIX, el radio de influencia de sus invectivas trasciende claramente este marco. Entre otros elementos, en esta obra se puede hallar un lúcido y problemático diagnóstico sobre el papel desempeñado por la cultura y la educación en el mundo occidental contemporáneo.³

Para calibrar el valor de las *Consideraciones intempestivas* resulta imprescindible conocer, en primer lugar, el contexto que las vio emerger. Poco después de la victoria prusiana sobre Francia en el año 1870, el 18 de enero de 1871 fue proclamado en Versalles el Segundo Imperio Alemán. Otto von Bismarck, habiendo conseguido la unidad alemana, que siempre había sido su principal objetivo político, fue nombrado canciller del II Reich.

La victoria militar sobre Francia dio lugar a triunfalistas manifestaciones de euforia nacionalista. Desde los estamentos políticos y militares, la prensa y los medios culturales no se cesaba de animar la idea de que la superioridad bélica demostrada por los alemanes en este conflicto era una prueba evidente de su superioridad cultural. De esta forma los diferentes creadores y orientadores de la opinión pública colaboraban en proporcionar una entusiasta defensa del II Reich.

Ante esta situación, Nietzsche experimentó la necesidad de denunciar el optimismo malintencionado fomentado por este “pensamiento único” que se había rendido totalmente ante las exigencias de los diversos poderes fácticos. Sus *Consideraciones intempestivas* tenían que funcionar como una especie de dardos que apuntasen hacia los princi-

³ Sin embargo, debido a la exportación de los valores de la cultura occidental a nivel mundial, las observaciones de Nietzsche al respecto pueden ser también de utilidad en otros contextos. En este sentido, creemos que se puede hablar de la crítica de Nietzsche a la pseudocultura del hombre contemporáneo, más allá de los límites geográficos de la cultura occidental.

pales centros de poder, que no tenían otro objetivo que naturalizar el presente y obviar la presencia de lo intolerable a su alrededor. La primera *Intempestiva* empieza precisamente con estas palabras: “La opinión pública dominante en Alemania parece casi prohibir que se hable de las consecuencias malas y peligrosas que se derivan de las guerras, que se derivan en especial de una guerra terminada en victoria”.⁴

Es preciso tener en cuenta que Nietzsche pudo contemplar, cerca del campo de batalla, cuáles eran realmente las “consecuencias malas y peligrosas” de los conflictos bélicos. Durante la guerra franco-prusiana había pedido una excedencia como profesor de la Universidad de Basilea para poder alistarse como enfermero voluntario. Aunque su colaboración duró muy poco tiempo porque tuvo que ser repatriado al haber contraído difteria y disentería, fue suficiente para no dejarse encandilar por las proclamas militaristas. Pero además se indignó sobremanera ante el hecho de que se pretendiera crear una opinión pública favorable a interpretar esta victoria militar en clave de victoria cultural:

“Nada tienen que ver con la cultura las cualidades morales de una disciplina más rigurosa, de una obediencia más calmada; los ejércitos macedónicos, por ejemplo, aventajaban en tales cualidades a los ejércitos griegos, los cuales eran, sin comparación posible, más cultos que aquellos.”⁵

Como profesor de la Universidad de Basilea, en ese periodo Nietzsche estaba profundamente preocupado por la situación de la cultura y la educación alemanas. En una carta fechada el 15 de diciembre de 1870, dirigida a su amigo Rohde, manifestaba lo siguiente:

Nosotros no podremos llegar a ser verdaderos maestros mas que si nos alzamos con todas las fuerzas de esta atmósfera de nuestro tiempo y si somos, no sólo hombres más sabios, sino, sobre todo, hombres mejores. También aquí experimento más que nada la necesidad de ser verdadero. Y justamente por ello no podré soportar por mucho tiempo la atmósfera de las Universidades.⁶

⁴ F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, Alianza, Madrid, 1988, p. 23.

⁵ *Ibid.*, p. 30.

⁶ Fragmento citado por M. Morey, *F. Nietzsche, una biografía*, Archipiélago, Barcelona, 1993, p. 35.

Para Nietzsche, la auténtica cultura tenía que servir para ofrecer una respuesta a las necesidades vitales y existenciales de los individuos.⁷ Y la educación, como conservadora y transmisora de la cultura, debía ceñirse también a esta finalidad. En cambio, su experiencia como profesor de universidad y como escritor le había demostrado que lo que existía realmente en la sociedad de su época era una pseudocultura que se había puesto al servicio del II Reich.

Uno de los hilos conductores principales de las *Consideraciones intempestivas* es precisamente la denuncia de esta pseudocultura imperante por haber establecido, de forma clara y desnuda, una relación de connivencia con el poder político, militar y económico. En ellas, el II Reich es contemplado, por tanto, como un enemigo de su ideal de cultura, ya que utilizaba este medio tan sólo para crear una opinión pública favorable a sus intereses.

Las *Intempestivas* representan, en primer lugar, un ataque frontal al sistema educativo y a los diferentes representantes del mundo de la cultura; un ataque realizado cuando Nietzsche aún estaba directamente implicado, a nivel personal, con la institución educativa, ya que su abandono definitivo de la docencia universitaria no se produjo hasta 1879.⁸

En su primera *Intempestiva*, pide a sus compatriotas que se atrevan a dirigir su valentía, no hacia los asuntos bélicos, sino hacia la lucha contra el que consideraba el verdadero enemigo a batir: la “cultería” de los filisteos. Nietzsche pensaba que buena parte de la cultura alemana

⁷ El ideal de cultura defendido por Nietzsche durante esta etapa estaba conformado por tres influencias básicas: el pensamiento trágico griego, la filosofía de Schopenhauer y la obra de Wagner. En una carta de esta época afirmaba: “Quiero conjuntar a Schopenhauer, a Wagner y a la Grecia más antigua: proporcionan la visión de una cultura magnífica”. Cf. A. Sánchez Pascual, “Introducción”, en F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, p. 11.

⁸ Nietzsche había sido nombrado catedrático extraordinario de Lengua y Literatura Griega en la Universidad de Basilea en 1869. A pesar de no poseer aún el título de doctor, sus trabajos filológicos fueron considerados de suficiente nivel como para conseguir este puesto docente. Desde del principio Nietzsche se ganó la admiración de sus colegas y de sus alumnos. Pero la publicación de su primera obra, *El nacimiento de la tragedia* (1872), cambió radicalmente su situación. Debido a la nueva imagen de la cultura griega que ofrecía en dicha obra, -una imagen que rompía con los cánones tradicionales,- fue descalificado como filólogo y en sus cursos se quedó prácticamente sin alumnos. A partir de ese momento, la lucha por una cultura y una educación veraces y efectivas se convirtió en un combate personal que le fue alejando, cada vez más, de los circuitos sociales, hasta llegar a ser obligado, finalmente, a representar el papel del filósofo errante y solitario.

del siglo XIX —y cabría preguntarse hasta qué punto también la cultura occidental contemporánea— estaba organizada según los parámetros del “cultifilisteísmo”.

El filisteo, con su claro aburguesamiento —en tanto que individuo que no se distingue por apreciar los sentimientos y las aspiraciones más nobles de la humanidad, sino que tan sólo tiene en cuenta los intereses materiales—, representa de forma paradigmática la antítesis del auténtico hombre de cultura. A pesar de lo que podían opinar los optimistas “escribientes alemanes de periódicos y los fabricantes alemanes de novelas, tragedias, canciones e historias”,⁹ Nietzsche llegó a la conclusión que la cultura alemana estaba profundamente enferma, pues estaba siendo atacada por el virus de la falta de independencia respecto a los intereses de los diferentes poderes establecidos.

Evidentemente, Nietzsche era consciente del hecho de que esta visión de la realidad sociocultural no podía ser aceptada por la mayoría porque “todos los que opinan con la opinión pública se han puesto vendas en los ojos y tapones en los oídos.”¹⁰ Cuando en una sociedad existe un “pensamiento único” que engulle y despedaza cualquier pensamiento alternativo, entonces sucede lo siguiente:

En Alemania está repitiéndose de continuo la historia de aquel apuesto viajero que llega al país de los jorobados y que allí es escarnecido por doquier con las mayores afrentas a causa de su presunta deformidad y de su carencia de redondeamiento chepudo, hasta que por fin se apiada de él un sacerdote y dice al pueblo lo siguiente: “tened lástima de este pobre extranjero y haced con ánimo agradecido una ofrenda a los dioses, ya que a vosotros sí os han adornado con una considerable montaña carnosas”.¹¹

Para Nietzsche era una cuestión vital denunciar el “acomodamiento cobarde”¹² que representa el dejarse vencer plácidamente por estos intensos poderes de homogeneización que funcionaban —y continúan funcionando actualmente, y aún de forma más intensa y perversa— en la sociedad de su época. La “pseudocultura del cultifilisteo”¹³, que ha-

⁹ F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, p. 28.

¹⁰ *Ibid.*, p. 34.

¹¹ *Ibid.*, pp. 127-128.

¹² *Ibid.*, p. 94.

¹³ *Ibid.*, p. 125.

bía conseguido penetrar en prácticamente todos los niveles del mundo de la cultura y de la educación, entrañaba un grave peligro. Nietzsche repite insistentemente a lo largo de su primera *Intempestiva* que la negación de la auténtica cultura en una sociedad sólo puede conducir al reino de la barbarie, sobre todo teniendo en cuenta que en el siglo XIX la religión estaba ya dejando de ser un elemento regulativo de las relaciones sociales y que, en su lugar, el Estado, dirigido por intereses básicamente económicos, pretendía erigirse como nuevo aglutinador de los intereses comunes:

Los manantiales de la religión cesan de fluir y dejan tras de sí pantanos o estanques; las naciones se dividen de nuevo con inusitada hostilidad ansiando devorarse. Las ciencias, cultivadas sin atisbo alguno de medida, en el ciego *laissez faire*, despedazan y disuelven todo lo que se consideraba firme y consistente; las clases y los Estados cultivados son engullidos por una economía gigantesca y desdeñosa. Nunca fue el mundo más mundo, nunca fue tan pobre en amor y bondad. Las clases cultas han dejado de ser faros o asilos en medio de toda esa tormenta de mundanería; ellas mismas se muestran también cada día más nerviosas, más carentes de ideas y de amor. Todo sirve a la barbarie futura, el arte y la ciencia actuales incluidas. (...) Hoy, tan sólo las fuerzas más groseras y malvadas determinan prácticamente todo lo que existe sobre la tierra manifestándose por medio del egoísmo de los propietarios y del militarismo de los déspotas violentos. El Estado, en manos de estos últimos, y a causa del egoísmo de los primeros, comienza la tentativa de reorganizar todo de nuevo partiendo de sí mismo, y de convertirse en vínculo y presión para todas aquellas fuerzas hostiles; en esto percibimos su deseo de que la totalidad de los hombres le rinda un culto divino semejante al que anteriormente rendía a la Iglesia.¹⁴

Entre otras razones, Nietzsche subraya como causa de la prostitución de la cultura el hecho de haberse dejado dominar por las oscuras intenciones del “egoísmo de los propietarios” y del “egoísmo del Estado”.¹⁵ Por primera vez en la historia occidental la cultura parecía que estaba siendo promovida por el poder político del Estado y por los principales representantes del poder económico (“los propietarios”). Pero Nietzsche llama la atención sobre el trasfondo que estaba impulsando

¹⁴ F. Nietzsche, *Schopenhauer como educador (Tercera consideración intempestiva)*, pp. 80-83.

¹⁵ Cf. *ibid.*, pp. 111 y ss.

la incipiente y progresiva generalización de la educación que se empezó a producir durante el siglo XIX. Evidentemente nunca se trató solamente de acercar la cultura al pueblo.

Si el “egoísmo de los propietarios” dirigió su atención hacia la cultura y la educación fue porque previó la apetitosa posibilidad de incrementar su riqueza inculcando unos determinados valores a través de estos eficaces instrumentos. Nietzsche ya intuyó que a partir de ese momento uno de los principales objetivos de los sistemas educativos occidentales acabaría siendo la inserción laboral de sus pupilos. La educación podría entonces ser contemplada, sin reparos, como una forma de “ganar dinero con facilidad”.¹⁶

La instrucción rápida —sabido es que el tiempo se fue convirtiendo en un material precioso— proporcionada por las instituciones educativas empezó entonces a dedicarse a fabricar “hombres corrientes” con aspiraciones básicamente materialistas, de tal forma que, al final, dice Nietzsche, se pudo llegar a afirmar sin sonrojo de ningún tipo que “existe una alianza natural entre ‘inteligencia y haber’, entre ‘riqueza y cultura’, y más aún, que esta alianza es una necesidad moral”.¹⁷ Y, desde este registro, una educación que se propusiera fines distintos a los del dinero y la propiedad sería consecuentemente catalogada de egoísta. Ciertamente en manos del “egoísmo del Estado” residen los medios necesarios para difundir y generalizar la educación, pero no se puede obviar, según Nietzsche, que:

en todas partes donde actualmente se habla de “Estado de cultura” puede verse que éste se ha impuesto la tarea de liberar las energías espirituales de una generación en la medida en que éstas puedan ser útiles para el servicio de las instituciones establecidas, pero sólo hasta alcanzar dicha medida.¹⁸

Nietzsche percibía que la educación y la cultura, al entrar en un estado de abierto colaboracionismo con las fuerzas de la violencia y la injusticia que gobiernan el mundo, estaban sirviendo de hecho para reforzarlas y perpetuarlas. Por esta razón pudo calificar al que dedica

¹⁶ *Ibid.*, p. 112.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 113.

sus esfuerzos a la denuncia de esta pseudocultura “como el que combate por la justicia y el amor entre los hombres”.¹⁹ La lucha por una nueva cultura implicaba necesariamente la lucha contra una determinada organización social que era valorada como injusta e inaceptable:

No se puede ser feliz demasiado tiempo mientras a nuestro alrededor todo sufre y se hace sufrir; no se puede ser moral mientras el devenir de las cosas humanas está determinado por la violencia, la mentira y la injusticia; tampoco se puede ser sabio mientras la humanidad entera no rivalice por la sabiduría y no inicie al hombre de la forma más sabia a la vida y al saber.²⁰

En las *Intempestivas* intenta mostrar como la teoría política, la económica, el derecho, la filosofía, la ciencia, el arte y todo el ámbito del conocimiento y de la cultura en general parecen estar diseñados para defender y excusar el presente, como si de lo que se tratara fuera de evitar que el hombre moderno llegara a tener mala conciencia. Y es que Nietzsche estaba convencido de que este hombre moderno no se definía precisamente por querer las “luces”, sino que prefería más bien la comodidad de la ceguera.

Cierto es que para poder indignarse primero es necesario tener el valor de mirar y ver. Por esta razón Nietzsche no ahorró escarnios contra el “desvergonzado optimismo del filisteo”,²¹ un optimismo, nos recuerda, que fue definido por Schopenhauer como “un amargo escarnio de los inefables padecimientos de la humanidad”.²² Pero la cultería del filisteo —que únicamente ayudaba a apuntalar el estado de cosas y le proporcionaba, además, una justificación teórica— parecía no saber nada acerca de estos inefables padecimientos de la humanidad. Una de las causas principales de esta insensible percepción de los filisteos pensaba que debía buscarse en el hecho que “han sido criados en esa hegeliana adoración de lo real concebido como racional”.²³

Hegel, nos dice Nietzsche, “inventó además una fórmula para divi-

¹⁹ F. Nietzsche, *Considérations inactuelles III et IV. Schopenhauer éducateur; Richard Wagner à Bayreuth*, Gallimard, Paris, 1988, p. 116, Traducción de la autora.

²⁰ *Ibid.*, p. 117.

²¹ F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, p. 81.

²² *Ibid.*, p. 82.

²³ *Ibid.*, p. 89.

nizar la vida cotidiana: habló de la racionalidad de todo lo real y con ello se captó las simpatías del cultifilisteo”.²⁴ Los filisteos de la cultura habrían encontrado en la máxima hegeliana según la cual “todo lo que es racional es real, y todo lo que es real es racional”, un sólido fundamento para promocionar el presente como el mejor de los mundos posibles. Si Hegel había concebido la Historia como el progresivo desarrollo del Espíritu Absoluto, el presente bien podía ser apreciado como la cúspide de este proceso dialéctico:

En realidad, paralizante y molesta es la creencia de ser un vástago tardío de los tiempos. Consecuencias terribles y destructivas tienen que aparecer cuando una creencia semejante, de repente, a través de un vuelco audaz, se diviniza como el verdadero sentido y fin de todo lo acontecido anteriormente, cuando toda la miseria conocida se eleva a la consumación y cumplimiento de la Historia universal. Semejante modo de considerar las cosas ha acostumbrado a los alemanes a hablar de “proceso universal” y a justificar su propia época como el resultado necesario de este “proceso del mundo”.²⁵

Sin embargo, cabe matizar que Nietzsche distinguió entre la filosofía de Hegel y la burda utilización de su sistema llevada a cabo por los cultifilisteos. Es cierto, nos señala, que “para Hegel el punto máximo y final del proceso universal coincidía con su propia existencia berlinesa”,²⁶ pero en realidad nunca llegó a afirmar, aunque quizás pudiera haberlo hecho, que todo lo que viniera tras de él no podía ser más que algo superfluo:

Ciertamente, él no lo dijo. Sin embargo, sí que implantó en las generaciones penetradas por su doctrina esa admiración por el “poder de la Historia”, que, en la práctica, se transforma, a cada instante, en admiración desnuda por el éxito y conduce a la adoración divina a lo dado. Adoración a lo dado para la cual se ha ensayado, de modo general, la muy mitológica, y por lo demás, muy alemana, expresión de “amoldarse a lo dado”. Quien ya ha aprendido a doblar su espalda y asentir con la cabeza al “poder de la Historia”, termina por otorgar finalmente un “sí” mecánico-chinesco a cual-

²⁴ *Ibid.*, pp. 42-43.

²⁵ F. Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, pp. 110-111.

²⁶ *Ibid.*, p. 111.

quier poder, sea éste sólo un gobierno, una opinión pública o una mayoría numérica, moviendo sus miembros exactamente al compás de cualquier “poder”. Si cualquier éxito conlleva una necesidad racional, si todo acontecimiento es una victoria de la lógica o de la “Idea”, entonces no nos queda otra opción que arrodillarnos y aceptar la escala de los “éxitos”.²⁷

El pensamiento único entronizado por los filisteos de la cultura parte de un eslogan que preside todos sus esquemas de interpretación de la realidad: “amoldarse a lo dado”. Esta es la consigna a través de la cual se pretende crear una determinada opinión pública. Los diferentes representantes del mundo de la cultura y de la educación se convierten entonces en simples “apologistas de lo dado”,²⁸ en sutiles instrumentos para adaptar los individuos al sistema social imperante. La pseudocultura al servicio de los diferentes poderes fácticos no hace nada más que pronunciar

un torpe “así es” frente al imperativo moral “así no debería ser”. ¡Sí, frente a ese imperativo moral! Porque hablese de la virtud de la que se hable, ya sea la justicia, la generosidad, el valor, la sabiduría o la compasión del hombre, en todas partes éste es virtuoso en tanto que se rebela frente a ese poder ciego de los hechos, frente a la tiranía de lo real y se somete a leyes que no son las que rigen las fluctuaciones de la Historia. Nada siempre contra las olas de la Historia.²⁹

Aunque esta pseudocultura pretenda hacer del *factum* su nuevo ídolo, se nos invita a no olvidar que hay un imperativo moral que debería ser utilizado para saltar por encima de las exigencias de “ese ciego poder de lo real”.³⁰ Pero debido a la educación recibida, el hombre moderno, que “padece de una personalidad debilitada”,³¹ no dispone de la fuerza necesaria para nadar a contracorriente. Según Nietzsche es urgente y necesario desvelar esta “indigencia y miseria interior del hombre moderno”:³²

²⁷ *Ibid.*, p. 111.

²⁸ *Ibid.*, p. 113.

²⁹ *Ibid.*, pp. 113-114.

³⁰ *Ibid.*, p. 114.

³¹ *Ibid.*, p. 76.

³² *Ibid.*, p. 79.

Los excesos del sentido histórico que padece el presente se fomentan, animan y utilizan intencionadamente. Se utilizan estos excesos frente a la juventud con el fin de domarla mediante esa general madurez viril del egoísmo. (...) Pueden llegar a desarraigar los instintos más poderosos de la juventud: su fuego, su orgullo, el olvido de sí mismo, el amor...; pueden llegar también a apagar el calor de su sentimiento de justicia, suprimir o reprimir lentamente la avidez de madurez por el ansia opuesta de convertirse en alguien rápidamente preparado, útil, productivo. (...) Entonces, [al alumno] no le cabe otra salida que la de retirarse de esta infinitud del horizonte para, replegándose sobre sí mismo, encerrarse dentro del más pequeño recinto egoísta y atrofiarse. Probablemente llegue a ser inteligente, pero nunca sabio. Ha dejado de dialogar consigo mismo para empezar a calcular y acomodarse a los hechos, no se subleva, parpadea y comprende la necesidad de buscar su propio provecho.³³

La educación del filisteo proviene de un concepto de cultura que es calificado por Nietzsche de falso y estéril. Su meta, aparentemente pura y bienintencionada, no consiste en potenciar la emergencia de personalidades libres, ni en favorecer el crecimiento y la maduración del joven estudiante, sino en conseguir que, a través de unos complejos procesos de normalización, éste acabe finalmente por insertarse en lo que Nietzsche llama significativamente “la chaqueta del burgués universal”.³⁴ En las instituciones educativas, no existe una auténtica formación, sino un adoctrinamiento a través del cual se pretende convertir a los individuos en fuerza de trabajo apta para su rápida utilización en el mercado de las supuestas necesidades generales:

Lamento tener que emplear la jerga de los esclavizadores y de los empresarios para servirme de descripción de unos comportamientos que deberían ser pensados libres de toda utilidad y fuera de toda necesidad de la existencia, pero involuntariamente brotan de mis labios las palabras “fábrica”, “mercado de trabajo”, “oferta”, “rendimiento” —y toda esa terminología relacionada con el egoísmo— cuando se busca un retrato de la más joven generación de doctos. La honrada mediocridad se vuelve cada vez más mediocre, la ciencia en su sentido económico cada vez más útil.³⁵

³³ *Ibid.*, p. 128.

³⁴ *Ibid.*, p. 78.

³⁵ *Ibid.*, p. 102.

La educación del filisteo o bien se dedica a proporcionar buenos trabajadores o a generar la figura del erudito, que nada tiene que ver tampoco con el hombre verdaderamente culto. El erudito, el simple coleccionador de verdades indiferentes, nos es descrito como un “frío demonio del conocimiento”.³⁶ Si un griego antiguo se perdiera en nuestra época, nos dice Nietzsche, posiblemente definiría al hombre moderno como una simple “enciclopedia ambulante”.³⁷ El hombre moderno arrastra “una inmensa cantidad de indigestas piedras de conocimiento que, en ocasiones, también crujen en su estómago”.³⁸ Tal cantidad de información no puede ser asimilada ni integrada a nivel vital, creándose entonces una escisión entre un interior caótico y un exterior empobrecido porque no puede recibir ninguna fuerza interna.

La propiedad más característica del hombre moderno consiste en

el singular contraste entre un mundo interior al que no corresponde ningún tipo de exterioridad y una exterioridad a la que no corresponde ningún mundo interior; una contraposición, por otro lado, desconocida por los pueblos antiguos. El conocimiento que se toma en exceso, sin hambre, incluso sin necesidades, deja ya de obrar como un motivo transformador que impulsa hacia afuera y permanece oculto en un mundo interior ciertamente caótico que el hombre moderno, con curioso orgullo, llama su propia espiritualidad.³⁹

Cuando la cultura y la educación contienen realmente una parte formativa, el conocimiento que se recibe, y que se va interiorizando, acaba provocando efectos externos. Si se logra ir creando una rica interioridad, el hombre es mejorado y esta transformación se hace notar no sólo en sus pensamientos, sino también en sus acciones, en todo el desarrollo de su vida cotidiana. Pero la pseudocultura predominante no hace más que reforzar una profunda escisión entre interior/exterior porque, más que formación, lo que ofrece es simple información y, además, una cantidad tan enorme de información que resulta indigesta, provocando que el interior del hombre moderno no sea armónico,

³⁶ *Ibid.*, p. 86

³⁷ *Ibid.*, p. 70.

³⁸ *Ibid.*, p. 68.

³⁹ *Ibid.*, p. 69.

sino totalmente caótico. Nuestra interioridad es demasiado débil y desordenada para actuar externamente y darse una forma:

De este modo, el individuo se vuelve pusilánime e inseguro, y, dejando de creer en sí mismo, se hunde en su ensimismamiento, en su mundo interior, lo que significa que del amontonado caos del que aprende no resulta ninguna acción hacia el exterior. Lo que se enseña no se transforma en vida.⁴⁰

Nietzsche considera que el gran afán de conocimiento que define nuestra época es como un barco a la deriva, sin meta ni timonel que le proporcionen un sentido. El hombre de conocimiento, nos dice, parece que ha caído en una agitación tan fuerte que la ciencia cada vez más se parece a una fábrica donde no está permitido perder ni un sólo minuto. La forma como se cultivan las diferentes ciencias actualmente ha dado lugar a un "cientificismo excitado, jadeante, trajinante, bullicioso".⁴¹ Pero esta atsigante carrera competitiva es en realidad un elemento barbarizador:

Alrededor de este heredero de escasas horas hay precipicios horribles que tienen clavada en él su mirada, cada paso que da debería recordarle: ¿Para qué? ¿Adónde? ¿De dónde? Pero su alma se enardece ante la tarea de andar contando los estambres de una flor o golpeando con el martillo las piedras situadas al borde del camino, en esa labor vuelca él todo el peso de sus intereses, de sus ansias, de sus fuerzas y de sus anhelos.⁴²

El fomento de la especialización, imprescindible para sostener el sistema económico que rige nuestra sociedad, ha convertido al hombre de ciencia en un atareado trabajador obligado a realizar constantemente nuevos descubrimientos. El conocimiento se transforma entonces en un gran panel de compartimentos estancos en los cuales se almacenen pequeñas verdades inconexas entre sí, que nada tienen que ver, según Nietzsche, con la auténtica cultura:

Podría decirse que únicamente quien capta en su conjunto el cuadro general de la vida y la existencia podrá servirse de las diversas ciencias particulares sin sufrir ningún daño, pues al carecer de una visión reguladora de

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 77-78.

⁴¹ F. Nietzsche, *Consideraciones Intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, p. 99.

⁴² *Ibid.*, p. 98.

este tipo, aquéllas no son sino hilos que nunca conducen a un cabo y que tornan el curso de nuestra vida aún más embrollado y laberíntico.⁴³

El hombre de ciencia especializado no tiene tiempo para mirar a su alrededor, para dejarse impugnar por las preguntas existenciales que son el verdadero núcleo de toda sabiduría que merezca realmente este nombre. Entonces, se pregunta Nietzsche, “¿para qué su trabajo, su prisa, su dolorido frenesí?”⁴⁴ La ciencia, si no está integrada en el marco general de una cultura realmente formativa puede generar importantes problemas:

Nadie tiene en efecto tiempo para la cultura —y, sin embargo, ¿para qué *en absoluto* la ciencia si no tiene tiempo para la cultura? Así, pues, respondednos al menos a esta pregunta: ¿de dónde, adónde, para qué toda ciencia si no ha de conducir a la cultura? ¡Entonces, acaso a la barbarie! Y lo que vemos es que en esa dirección está ya horrorosamente adelantado el estamento docto.⁴⁵

Cuando el simple aumento del conocimiento se convierte en una meta en sí mismo, cuando este conocimiento queda desvinculado de la vida y de los problemas y necesidades del presente, entonces no es nada más que un artículo de lujo. Nietzsche no podía soportar esta frenética dedicación al conocimiento “puro”, sin consecuencias, que es incapaz de generar resultados prácticos a nivel existencial. Los individuos y la sociedad contenían demasiados y profundos desajustes como para dejarse arrastrar por ese desinterés y esa frialdad que conlleva la objetividad mal entendida que nada quiere saber sobre las cosas que realmente dan qué pensar. La verdad no puede ser una posesión egoísta del individuo —simples conocimientos adquiridos. Nietzsche nos advirtió de los riesgos que comportaba el hecho que la ciencia actual se haya convertido en “un *abstractum* deshumanizado”.⁴⁶

Incluso la tan celebrada manera con que los eruditos alemanes se aplican a su tarea científica muestra ante todo que piensan más en la ciencia que

⁴³ F. Nietzsche, *Schopenhauer como educador (Tercera consideración intempestiva)*, p. 67.

⁴⁴ F. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas I. David Strauss, el confesor y el escritor*, p. 99.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 99-100.

⁴⁶ F. Nietzsche, *Schopenhauer como educador (Tercera consideración intempestiva)*, p. 46.

en la Humanidad, que como un rebaño perdido aprendieron a sacrificarse a la primera para, una y otra vez, conducir a las nuevas generaciones a ese mismo sacrificio. El trato con la ciencia, cuando no está guiado y delimitado por ninguna máxima superior de la educación, sino encadenado por el principio del “cuanto más mejor”, es ciertamente tan nocivo para los eruditos como la tesis del “*laissez faire*” lo es para la moralidad de pueblos enteros.⁴⁷

Los hombres de ciencia que únicamente se dedican a acumular y a clasificar montañas de datos no pueden ser considerados hombres de cultura porque “estos trabajadores deben convertirse poco a poco en eruditos, pero no pueden llegar por tanto a ser nunca maestros. Un gran erudito y un cabeza hueca: esto ciertamente se observa de manera más habitual bajo un mismo sombrero”.⁴⁸ La ciencia y el conocimiento deben integrarse dentro del marco de la vida: “la ciencia necesita una dirección y vigilancia superiores: *una doctrina de la salud de la vida* ha de colocarse justo al lado de la ciencia.”⁴⁹

Evidentemente Nietzsche captó a la perfección el hecho de que la ciencia y el conocimiento en general estaban quedando atrapados en las demandas de la sociedad burguesa. También en estos ámbitos se va a exigir mínimo tiempo, máximo rendimiento y todo ello coronado por un egoísmo sin más ideales que el de reducir toda producción intelectual a su utilidad principalmente económica. Aunque este proceso en el siglo XIX tan sólo estaba empezando a hacer sus primeros pasos, Nietzsche ya nos lanzó un grito de alarma que no debería ser silenciado:

Probablemente una época posterior a ésta percibirá, al examinar sus construcciones, que han sido resultado de un trabajo común, pero no resultado de un proyecto común. A los que siempre tienen en la boca el grito de batalla y de sacrificio “¡división del trabajo!, “¡cerrad las filas!”, se les ha de decir claramente: “cuanto más rápidamente aceleréis la ciencia también antes la destruiréis”. Es el mismo proceso que esa gallina que, de manera no natural, parece por ser obligada a poner huevos con inusitada rapidez.⁵⁰

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ F. Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*, p. 94.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 136.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 102-103.

La ciencia y el conocimiento han avanzado espectacularmente en la época contemporánea pero este progreso en nada, según Nietzsche, ha contribuido a mejorar al ser humano. Simplemente se buscan problemas cognoscitivos allí donde se debería aprender a vivir. La vida para Nietzsche requiere una técnica que debe ser aprendida y ejercitada a fondo, sin indulgencia y de forma continuada. Pero sobre esta técnica nada parecen saber nuestras instituciones educativas. Se ha olvidado que para la mayoría de civilizaciones anteriores a la sociedad burguesa el conocimiento no tenía ningún sentido si no era en el marco más amplio y general de la sabiduría existencial. Ciertamente, el hombre europeo alardea de sus construcciones teóricas y de sus colosales aplicaciones técnicas, pero Nietzsche no se dejó impresionar:

¡Tú deliras, orgullosísimo europeo del siglo diecinueve! Tu saber no ha llevado a la consumación de la naturaleza, sino que destruye la tuya propia. Mide sólo durante un instante tu altura como cognoscente en comparación con tu capacidad de actuar. Cierto, asciendes hasta los rayos del sol del saber hacia el cielo, pero también caes hacia abajo, hacia el caos. El modo que tienes de caminar, de escalar como cognoscente, es tu fatal destino. Tu suelo y todo terreno firme se retiran a lo incierto. No te quedan más apoyos en la vida, tan sólo telarañas desgarradas que surgen cada vez que intentas aferrarte a algo con tu conocimiento.⁵¹

La pseudocultura del hombre moderno, aunque ha posibilitado el control y el dominio de la naturaleza física, está destruyendo, indirectamente, la naturaleza humana. El hombre moderno, a pesar de su imponente aparato de conocimiento, no se siente nada seguro en ese mundo que aparentemente pretende tener bajo sus pies. Sin embargo, sus miedos y sus inseguridades los intenta camuflar con grandes dosis de ironía, cuando no de cinismo:

Al lado del hombre moderno se encuentra su *ironía* sobre sí mismo, su conciencia de vivir en un estado de ánimo historicista y algo así como crepuscular: su miedo a no poder salvar completamente nada de sus esperanzas y fuerzas de su juventud en el futuro. Aquí y allá se llega incluso más lejos: al *cinismo*. Un cinismo que justifica la marcha entera de la Historia e incluso del desarrollo total del mundo para el propio uso del hom-

⁵¹ *Ibid.*, p. 116.

bre moderno, es decir, como en el canon cínico: todo tuvo exactamente que ocurrir como justo es ahora y de ningún modo podría haber sido el hombre diferente a como ya es; frente a este imperativo, nadie puede rebelarse.⁵²

El tipo de formación proporcionada por las sociedades modernas mata todo clima de ilusión y de piedad para con el pasado, el presente y el futuro. Aunque Nietzsche nos indica que sólo del amor y de la esperanza pueden emerger las fuerzas capaces de engendrar un poder realmente creativo:

Sólo en el amor, sólo envuelto en la ilusión del amor y en razón de una creencia incondicional en lo perfecto y lo justo, logra crear el hombre. A cualquiera que se le obligue a renunciar a este amor incondicional se le cortan las raíces de su fuerza.⁵³

El espíritu auténticamente explorador sólo puede alimentarse en este medio y no en esa “infinitud carente de esperanzas”⁵⁴ que define nuestra época. Ciertamente alguna utilidad debe tener el hecho de inculcar efectos paralizadores en los individuos que acaban provocando indiferencia y un estado acomodaticio respecto a la realidad del presente. La debilitada personalidad del hombre moderno también se refleja en el hecho que “nadie se arriesga como persona, sino que se enmascara como hombre culto, como sabio, poeta, o como político”.⁵⁵ Sin lugar a dudas la pseudocultura del hombre contemporáneo es una de las mejores armas para evitar cualquier ansia de rebelión, sea esta individual o social. Pero a pesar de la poco alentadora situación existente, Nietzsche se atrevió a proponer otras opciones posibles:

Si os adentráis en la vida e Historia de los grandes hombres, aprenderéis de ella que el supremo imperativo es alcanzar la madurez y huir de esa impuesta educación paralizante de nuestro tiempo.⁵⁶

⁵² *Ibid.*, p. 115.

⁵³ *Ibid.*, p. 96.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 129.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 78.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 95.

El objetivo de la cultura y de la educación debería consistir en posibilitar que los individuos alcanzaran la madurez, su propia madurez. Para inaugurar el camino que conduce a esta suprema finalidad sería necesario, en primer lugar, que cada cual empezara por preguntarse para qué existe. La auténtica formación tendría que colaborar a que cada individuo se crease un meta elevada y noble que sirviera para dar un estilo propio al tiempo vital de que dispone. Nietzsche define la auténtica cultura como antítesis de la barbarie. Evidentemente la apuesta de Nietzsche, de cumplirse, exigiría una transformación radical de los valores que rigen las actuales instituciones educativas. Del estado de barbarie sólo se puede salir a través del cultivo de uno mismo. El hombre moderno, en cambio, ha caído en la más absoluta dejadez respecto a sí mismo, prefiriendo la simple comodidad a cualquier mínimo afán de autosuperación:

Nadie se atreve a cumplir la ley de la filosofía consigo mismo, nadie vive filosóficamente con esa sencilla fidelidad que obligaba al hombre antiguo, dondequiera que estuviera y cualesquiera que fueran sus impulsos, a comportarse como estoico en el caso de haberse ya comprometido filosóficamente con la Stoa. Hoy todo filosofar moderno está limitado de manera aparentemente erudita, policial y políticamente, por gobiernos, iglesias, academias, costumbres y por la propia cobardía de los hombres. Todo se reduce al suspiro: “¡ojalá!”, o al conocimiento “érase una vez...”⁵⁷

En manos de los diversos poderes fácticos, la auténtica formación ha degenerado en una pseudocultura privada de principios morales que puedan actuar como reguladores de la propia existencia. Por eso el hombre moderno se ha convertido en un ser desintegrado y extraviado:

Somos gente sin formación, aún más, estamos incapacitados para la vida, para el ver y oír justo y sencillo, para la comprensión feliz de lo más próximo y natural y por ahora no poseemos el fundamento de una cultura porque nosotros mismos no estamos convencidos de poseer dentro de nosotros una verdadera vida.⁵⁸

¿El hombre posee dentro de sí mismo “una verdadera vida”? ¿A qué se refiere exactamente? Según Nietzsche, el hombre moderno sólo puede

⁵⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 134.

salvarse si, después de haberse dedicado sobre todo a poseer técnicamente el mundo exterior, llega a ser capaz de tomar posesión de sí mismo y de organizar el caos interior que define su personalidad actual:

¿Y cómo llegaremos a esta meta?, os preguntaréis. El dios délfico os llama ya por medio de su sentencia al comienzo del viaje hacia vuestra meta: “Conócete a ti mismo”.⁵⁹

Efectivamente, Nietzsche se inspira en la concepción de la cultura de los griegos antiguos. La cultura debe posibilitar una nueva y mejorada *physis*, sin exterior ni interior, sin fingimientos ni convencionalismos. La cultura debe conseguir una armonización entre la vida, el pensamiento, la apariencia y la voluntad. Nietzsche piensa que la victoria de los griegos sobre otros pueblos se basó precisamente en esta fuerza superior de su naturaleza moral.

Difícil es evidentemente la interminable tarea del autoconocimiento, y la organización social que caracteriza la cultura occidental contemporánea no parece muy bien dispuesta a emplear tiempo y recursos en esta dirección, ya que se considera que

nuestra época no debe ser en ningún caso la época de las personalidades acabadas, maduras y armónicas, sino la época del trabajo común, preferiblemente útil. Esto significa únicamente que los hombres deben ser encauzados dentro de los fines del tiempo; deben trabajar, antes de ser maduros, en la fábrica de las utilidades generales para no llegar nunca a ser maduros; esto no sería sino un lujo que sustraería al “mercado de trabajo” una gran cantidad de fuerza.⁶⁰

Pero a pesar de estas exigencias, sólo se puede hablar de educación en sentido estricto si ésta posibilita que cada individuo pueda llegar a desarrollar su propio genio, si sirve para que nos demos cuenta que en nuestro interior existe “una verdadera vida”. Para Nietzsche el hombre, cada hombre, es un ser único e irrepetible:

En el fondo, todo hombre sabe con certeza que sólo se halla en el mundo una vez, como un *unicum*, y que ningún otro azar, por insólito que sea,

⁵⁹ *Ibid.*, p. 138.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 100.

podrá combinar por segunda vez una multiplicidad tan diversa y obtener con ella la misma unidad que él es; lo sabe, pero lo oculta como si le remordiera la conciencia. ¿Por qué? Por temor al prójimo, que exige la convención y en ella se oculta.⁶¹

¿Qué es lo que provoca que el individuo, que por definición es un “*unicum*”, se esconda detrás de las costumbres y las opiniones establecidas? Nietzsche nos dice que si le preguntáramos a una persona habituada a viajar y a conocer mundo cuál es la característica más común entre los seres humanos nos respondería que ésta es la inclinación a la pereza respecto a uno mismo.

El “temor al prójimo, que exige la convención” no sería suficientemente intenso para paralizarnos si no fuera por el hecho que nos domina la indolencia respecto al trabajo sobre nosotros mismos. Nietzsche piensa que los hombres somos más perezosos que cobardes. Pero a pesar de que actualmente se nos pueda calificar de simples “apariencias humanas con opinión pública” —porque, según Nietzsche, no hay nada más vacío e insubstancial que un “hombre que se aparta de su genio”—, no se puede negar que, en el fondo, “todo hombre es un milagro irreplicable”.⁶² Aunque dominar el intenso impulso del espíritu de rebaño no sea en ningún caso tarea fácil:

En esta rigurosa coherencia de su unidad, [todo hombre] es bello y digno de consideración, nuevo e increíble como toda obra de la Naturaleza y en modo alguno aburrido. Cuando el gran pensador desprecia a los hombres, desprecia su pereza, porque por ella se asemejan a productos fabricados en serie, indiferentes, indignos de evolución y de enseñanza. El hombre que no quiera pertenecer a la masa únicamente necesita dejar de mostrarse acomodaticio consigo mismo; seguir su propia conciencia que le grita: “¡Sé tu mismo! ¡Tú no eres eso que ahora haces, piensas, deseas!”.⁶³

Nuestra sociedad tiende a anular al individuo, a ese “*unicum*” que es nuestra esencia y nuestra diferencia, de tal forma que, una vez socializados, parecemos simples mercancías fabricadas en serie. Nietzsche era consciente de la fuerza que el entorno ejerce sobre cada uno de no-

⁶¹ F. Nietzsche, *Schopenhauer como educador (Tercera consideración intempestiva)*, p. 35.

⁶² Cf. *ibid.*, pp. 36 y 37.

⁶³ *Ibid.*, p. 36.

sotros y sabía que no era nada sencillo cambiar el rumbo de los valores que dirigen nuestra cultura. Pero para decidir vivir según nuestra propia medida y conforme a nuestra propia ley, ni tan sólo hace falta la promesa ni la garantía de un futuro necesariamente mejor. Tendría que ser suficiente la autoexigencia de tener que responder de nuestra propia existencia. Se trata, ante todo, de una tarea personal e intransferible, de una apuesta totalmente desinteresada que no tendría que dejarse sobornar ni ante la desesperanza:

Aun cuando el futuro no nos permitiera esperar nada, nuestra extraordinaria existencia en este “ahora” concreto —esto es, el hecho inexplicable de que sea precisamente hoy cuando vivimos a pesar de que existió un tiempo infinito para nacer, de que no poseamos nada más que un interesante y largo “hoy”, y que es en él donde debemos mostrar la razón y el fin de que hayamos nacido justamente en este momento— nos alentaría enérgicamente a vivir según nuestra propia medida y conforme a nuestra propia ley. Tenemos que responder ante nosotros mismos de nuestra existencia; por eso queremos ser los verdaderos timoneles que la dirigen, y no estamos dispuestos a permitir que se asemeje a un puro azar carente de pensamiento.⁶⁴

Nietzsche, además, nos advierte de que nadie puede construirnos el puente a través del cual debemos cruzar el río de nuestra vida. La educación y la cultura simplemente pueden favorecer la búsqueda del camino que tiene que caracterizar el transcurso existencial de cada cual.

A pesar de la pseudocultura existente, Nietzsche piensa que no deberíamos dejar de buscar ese tipo de educación que fuera

capaz de transportar a un hombre más allá de la insatisfacción propia de la época y enseñarle de nuevo a ser *sencillo* y *honrado* tanto en el pensamiento como en la vida, esto es intempestivo en el sentido profundo de la palabra.⁶⁵

La pseudocultura actual sólo podría transformarse en una auténtica cultura si consiguiera que la formación que ofrece se llegara a notar en cada mirada y en cada gesto de los individuos que la han recibido:

⁶⁴ *Ibid.*, p. 38.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 48-49.

Yo estimo tanto más a un filósofo cuanto más posibilidades tiene de dar ejemplo. (...) Pero el ejemplo tiene que venir por el camino de la vida tangible, y no simplemente por el de los libros, esto es, justo como enseñaban los filósofos griegos, con su fisonomía, su actitud, su atuendo, su alimentación, con sus costumbres antes que con sus palabras o con sus escritos.⁶⁶

En este sentido se puede captar que la propuesta de Nietzsche, aunque parta indiscutiblemente y de forma bien consciente, del individuo, nada tiene que ver con el individualismo. Nietzsche exige, en primer lugar, que nos atrevamos a sentir que “ni el hacerse rico, ni el obtener honores, ni la mucha erudición pueden dispensar al individuo del profundo descontento que lo embarga por la banalidad de su existencia”.⁶⁷ Pero sin lugar a dudas, esta insatisfacción debe conducir a la acción de la auto-transformación, sin olvidar que este proceso “en un principio, por supuesto, sólo para uno mismo; finalmente, a través de uno, para todos”.⁶⁸

Descubrir la unicidad productiva que todos poseemos en nuestro interior conduce a un cambio de estilo de vida que, por múltiples razones, acabará afectando las relaciones no sólo con uno mismo, sino también con los demás. Nietzsche no aboga por el sabio solitario que se aleja del resto de la humanidad. Al contrario, nos advierte que éste es precisamente uno de los peligros que puede conllevar hacerse consciente de tal unicidad productiva.

Es muy probable que este acto de consciencia nos transforme de tal forma que nos lleguemos a sentir en medio del desierto y de la caverna. Incluso se nos puede llegar a querer premiar con la soledad más terrible. Pero Nietzsche pide una lucha contra toda melancolía que nos incomunique respecto a los demás. Tan reprochable puede ser no tener el valor de aceptar ese “*unicum*” que somos, como no tener el valor de aceptar los peligros que implicará su descubrimiento. Siempre hay que tener en cuenta la posibilidad de que “la unicidad de su ser se transforme en un átomo indivisible e incomunicado, en una roca gélida. Y he aquí que tanto puede perecerse a causa de la unicidad como por el temor a la unicidad”.⁶⁹

⁶⁶ *Ibid.*, p. 57.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 68.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ *Ibid.*, p. 72.

Además, Nietzsche afirma que la tarea de la filosofía consiste precisamente en examinar hasta qué punto las cosas son invariables y, una vez se ha encontrado una respuesta, entregarse con coraje al trabajo “de mejorar la parte del mundo reconocida como modificable.”⁷⁰ Lo que nos enseñarían los grandes filósofos de todos los tiempos es la importancia de actuar para mejorar las ideas, tan variables, de los hombres, en lugar de guardar la sabiduría para sí mismos. La sabiduría para Nietzsche sólo tiene sentido si comporta una “amorosa inclinación hacia la Tierra, la aspiración a la felicidad de la comunidad.”⁷¹

⁷⁰ F. Nietzsche, *Considérations inactuelles III et IV. Schopenhauer éducateur; Richard Wagner à Bayreuth*, p. 111.

⁷¹ *Ibid.*, p. 133.